

el
FILM
de HOY

30
cp



Amor y Cuartillas

JAMES DUNN
CLAIRE TREVOR
ALAN EDWARDS

Año II

Núm. 50

EL FILM DE HOY

Publicación semanal de argumentos de películas modernas

Director: FRANCISCO MARIO BISTAONE

EDICIONES BISTAONE

Paseo de la Paz, 10 bis

BARCELONA

Hold That Girl, 1934

AMOR Y CUARTILLAS

Magnífico asunto, interpretado por
JAMES DUNN, CLAIRE TREVOR,
ALAN EDWARDS, etc.

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

Hispano FoxFilm, S. A. E.

Valencia, 100

BARCELONA

Postal-regalo: MAURICE CHEVALIER

Prohibida la
reproducción

Distribución para España:

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbará, 10 - BARCELONA - Evaristo S. Miguel, 11 - MADRID

Gráfica Minerva - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - Barcelona

Amor y cuartillas

Argumento de la película

¿Que cómo se conocieron?

Pues en cierta ocasión en que Tony Bellamy—la linda reporter de *El Gráfico*—acompañaba a una mujer que precisaba acudir urgentemente al Hospital de Maternidad. Topóse con Sullivan, el detective, que—confundiéndola—quería trasladarla corriendo al hospital, ofreciendo dedicarle su atención especial, frasecita que Sullivan tenía siempre a flor de labio.

El recuerdo que de ella le quedó al policía hubo de borrarse pronto por la vida agitada que hacían, hasta que por segunda vez se encontraron y en circunstancias mucho más trágicas que la primera vez.

Sucedió que en la redacción de *El Gráfico* se recibió una carta muy extraña de un tal Zimmerman, que se decía rodeado de enemigos prestos a asesinarle. Y Tony quiso averiguar lo que allí había.

En los pisos Majestic, donde vivía el misterioso comunicante, le aguardó una sorpresa que no fué precisamente grata.

Como que el director del diario no estaba dispuesto a pagarle un taxi para que se trasladara al domicilio del comunicante, Tony tuvo que ingeniárselas para ir allí sin cansarse mucho y un poco de prisa. El truco era sencillo; con-

sistía puramente en tomar el primer coche que encontraba parado—esperando la señal del agente para circular—y pedirle con apremio y ansiedad:

—¡Siga ese taxi!

La mayor parte de las veces, como le sucedió ahora, el ocupante del coche potente y lujoso—Tony siempre los escogía así—no preguntaba. Luego, ella, llegada al punto que le parecía conveniente cambiar, se despedía del desconocido y tomaba otro coche empleando los mismos medios. Y escuchó inesperados quedaban asombrados por su frescura y también algo agradecidos por la linda sonrisa que la muchacha les dedicaba.

Así pues, llegó esta vez al Majestic. Subió al piso noveno D y llamó a la puerta. Tardaron un poco en abrirle, pero al fin hizo su aparición un hombre, con los ojos desorbitados y armado de un revólver. El hombre le hizo señal de que pasara.

Tony entró algo inquieta.

—¿El señor Zimmerman?

El aludido asintió:

—Soy de *El Gráfico*.

—La estaba esperando—aseguró Zimmerman y al punto cerró con llave la puerta que Tony franqueara.

—¿Por qué hace eso?—preguntó ella.

El se le acercó con un dedo en los labios y dijo, sigilosamente, mirando de un lado a otro con inquietud:

—Espero a unos amigos dentro de unos instantes y no podrán entrar.

Una sospecha comenzaba a albergarse en la mente de la periodista. Dirigió una mirada en torno suya y, advirtiendo el fio de muebles que allí había, inquirió del habitante del piso:

—¿Se muda?

Zimmerman negó. La tomó del brazo y le mostró un hueco con cojines y mantas que había bajo las sillas.

—Duérme ahí... ¡Mire!—dijo, con súbito apasionamiento—. Quieren echarnos, pero no podrán.

Tony se estremeció. ¿Ya no le había duda! Estaba en compañía de un loco.

—Cálmese, hombre. Mi periódico—aseguró—dará parte a la policía inmediatamente.

Pero si esperaba tranquilizarle se equivocó. Zimmerman sacó su revólver y dijo con fiereza:

—¡Estoy listo para ellos!... ¡Los mataré!

Tony tenía miedo, esta era la verdad. Y la vista del arma aquella en manos del loco, no era como para tranquilizarla... Ella había leído en cierto lugar—no recordaba dónde—que con energía se hace lo que se desea de un demente. Y decidió practicar la prueba en esta ocasión que tanto le importaba.

—¡Déme ese revólver!—dijo al loco, mirándole a los ojos.

Pero la cosa no dio el resultado esperado. Contrariamente, el loco pareció excitarse por la orden y miró con amenazadora actitud a la muchacha periodista.

—Usted es la que me ha venido torturando—dijo con insania.

Tony sintió que se le helaba la sangre en las venas. ¿Qué podría hacer ella frente a aquel loco furioso? Pero la joven periodista era mujer de mucho ingenio. Y no estaba dispuesta a ser objeto de violencias por muy loco que resultase el tal Zimmerman.

Repentinamente, dejó de mirar al loco y fijó los ojos detrás de él. Y con autoridad le gritó:

—¡Mire! ¡Ahí están!

Zimmerman se volvió con sobresalto y esto fue aprovechado rápidamente por Tony, que se coló por la abierta puerta que detrás tenía y que resultó ser la de la cocina. El estrépito de la puerta al cerrarse, coincidió con el grito de Zimmerman al verse burlado. Y casi en seguida comenzó

a aporrear la puerta furiosamente, al tiempo que barbotaba blasfemias horribles.

La periodista miró en torno suyo con angustia. Comprendía que difícilmente la endeble puerta sería un obstáculo para mucho tiempo y mucho menos si el loco empleaba algún objeto pesado.

Vió la ventana y se precipitó hacia ella, pero para llevarse un desengaño. Se le había olvidado que se hallaba a muchos pisos sobre el suelo, y así resultó que vió la gente muy lejos de donde se encontraba. Y cerca no había canalón alguno de desagüe por el que pudiera deslizarse...

Justamente, en aquel momento, Zimmerman comenzó a golpear la puerta y, por lo que se hincaba el objeto que empleaba en la madera de la puerta, comprendió Tony que el loco utilizaba un hacha.

¿Qué hacer?

Gritar iba a ser cosa vana. La gran altura y el estruendo de la calle no permitirían que su voz llegara allí. Era menester llamar de otro modo la atención... Y la periodista halló el medio.

♦ ♦ ♦

Un ratito después unos chiquillos que iban por la calle, advertían como caía cierta prenda sobre el perro que una dama llevaba sujeto a una correa. Los chicleos rieron al ver de qué se trataba. La dama al volverse se sofocó.

Y el detective Sullivan, que se hallaba allí cerca, acudió al resuelo que armó la buena señora increpando a los que creía perversos muchachos. Pero apenas sus ojos se hubieron posado en la prenda en cuestión, el detective imaginó que aquello quizá no fuese solamente una diablura infantil.

Porque *aquello* eran unos lindos pantaloncitos de mujer, de seda y puntillas, y en los que alguien había escrito, al parecer con lápiz rojo—de ese para pintarse los labios—, estas palabras:

¡AUXILIO!

Pisos Majéstic—Habitación 9—D

Con la prenda femenina en las manos, Sullivan inquirió a los chicos de dónde la habían sacado. Y ellos designaron que había caído de lo alto. El detective levantó la cabeza y allí en lo alto vió a una mujer que abría y cerraba los brazos para llamar la atención.

El detective no vaciló. Como un rayo penetró en el edificio Majéstic y subió hasta el piso que se le indicaba. Iba algo inquieto, pensando que para que una mujer se desprendiera de una prenda como aquella en demanda de auxilio, era cosa indudable que lo que le ocurría tenía que ser grave.

Aporreó con decisión la puerta y como le contestara una voz ronca, rugió:

—¡Abra! ¡Es la policía!

Así lo hicieron. Y Sullivan se encontró ante un hombre con cabellos desordenados y ojos de loco que le amenazaba con un revólver. Pero el detective era un hombre práctico. Primero se libraba de los obstáculos y luego preguntaba. Además, una mujer estaba en peligro; aquello que a él le gustaba dedicar su atención especial.

Así que lo dejó tendido, antes de que el loco pudiera suponerlo, y luego comenzó a aporrear la destruida puerta de la cocina, en la que estaba hincada un hacha.

Y un momento después, se encontraba ante la conorrida de otro día. Y uno y otro quedaron asombrados.

Caminó de la Jefatura de policía, los dos jóvenes empezaron a tomarse el pelo uno a otro. El policía hizo saber a la joven que el notición era un ridículo, pues resultaba que la famosa pistola por tanto tiempo esgrimida por Zimmerman estaba descargada. Y Tony, en venganza, cuando él le pidió una cita se la concedió... para cuando hubiesen transcurrido tres años.

Lo malo del caso era que en la policía no podían ver a la gente de *El Gráfico* ni en fotografía y esto lo aprovechó Sullivan para gastarle una broma a la linda periodista rubia, a la que mandó encerrar sin contemplaciones.

Pero si él se creía listo, Tony no era tonta y así, aprovechando sus seducciones femeninas, encandiló al otro y cuando él le abrió la celda para que saliese, de un empujón le metió a su vez adentro, y cerró la reja sin contemplaciones.

Y no fué lo peor esto, no. Lo peor resultó la recomendación de la chica:

—¡Y préstele su atención personal a esto!—le remedió al marcharse y sin hacer caso de sus amenazas.

...

La periodista se le había metido en el corazón a Sullivan, muy a su pesar. Por esto le sentó como un tiro que cuando al día siguiente la vió no tomase en serio sus deseos de pasar un rato juntos. Lejos de esto, le dejó plantado y, empleando el clásico sistema de siempre, se subió al estribo del primer coche que halló a mano y empezó la misma cohetilla de siempre:

—Siga a ese coche...

Pero casi en seguida añadió:

—¡Oh, usted otra vez!

Porque el coche asaltado por la muchacha era el mismo que utilizara ya para verse con Zimmerman. El de un joven guapo, que ella creía recordar.

El desconocido sonrió ante el momentáneo azoramiento de ella.

—Monte dentro esta vez—le pidió.

—Siga ese auto—pidió a su vez ella, al tiempo que accedía.

Pero el joven del auto no tenía pelo de tonto. Había iniciado una aventura que le gustaba y decidió darle un final a su gusto. Así, pues, pese a sus protestas, la condujo hasta un restaurante donde merendaron juntos...

Y esto lo presencié Sullivan, que fué en pos de la

pareja en un taxi. Y el pobre se daba a todos los diablos.

Entretanto, la joven entraba de lleno en una sugestiva aventura. Ya había reconocido a su interlocutor, que era Tom Mallory, el jugador famoso. El la pidió que sacara de un mal paso a cierto amigo suyo embarcado en un lío de faldas. La amante, desdeñada ahora, quería contarle todo a la esposa de su amigo. Pero aprovechándose de la ausencia de la real esposa, Mallory le proponía a Tony que la supiera y sacara del mal paso a su amigo. A cambio de eso, Mallory le ofrecía una buena recompensa. Tony accedió. Le gustaba la aventura y pensaba en su diario...

Y aquella misma noche fué instalada en casa del amigo en apuros. Una casa lujosa, donde lo único detonante era el mayordomo, que tenía una cara poco adecuada como mayordomo.

Poco después, se presentaba la señorita Dorothy Lamont. Y en cuanto se le presentó, Tony recordó otros hechos.

Sin embargo, disimulando, Tony—que vestía un elegante traje de noche—se levantó a recibir a la aventurera, preguntando:

—¿La señorita Dupont?

No le pasó inadvertido el gesto de enfado que hizo la aventurera, quien con almirada sonrisa corrigió el error, manifestando su verdadero apellido.

—¿Es usted la señora de Madigan?—preguntó a su vez la señorita Lamont.

Tony no negó ni afirmó:

—¿Qué se le ofrece, señorita Beaumont?

Y como viera otro gesto de su interlocutora, dijo, más almiradamente que nunca:

—¿Qué cabeza la mía para nombres!—y ofreció—: ¿Café?

La aventurera agradeció y pidió el náicar que deseaba. Luego, inició la charla:

—¿Qué habitación más bella!

—Hace años que vengo coleccionando muebles—aseguró Tony, a quien no le gustaba aquel abigarramiento.

La señorita Lamont frunció el ceño. ¿Qué clase de dama era aquella? Creíala una mujer fácilmente manejable y se encontraba con una digna rival. ¿Serían alusivas sus últimas palabras? ¿Y aquella equivocación constante en los nombres?

—Los hombres nos pueden hacer sufrir mucho. ¿verdad? dijo por fin, comenzando su comedia.

—No comprendo—respondió Tony, en su papel de esposa de Madigan.

—Ni yo tampoco, a veces—suspiró la señorita Lamont—Póngase en mi lugar.

—Probaré.

La cáustica respuesta casi hizo saltar a la aventurera. Pero, ¡era tan cándida la expresión de su interlocutora!

—Un hombre me ha engañado cruelmente. Creí que me quería de veras...

Miró a Tony, admirándose de que no se manifestara más interesada. Pero la rubia joven estaba saboreando el exquisito café.

La señorita Lamont decidió apretar el torniquete.

—Me trataba admirablemente. ¿Qué cartas! ¡Prometió casarse conmigo!

—Pues parece un desenlace perfecto—manifestó Tony.

—Pero es casado—dijo en tono trágico la aventurera.

—¿Cuándo lo descubrió?—saltó la periodista.

—Hace dos años...—respondió cándidamente la otra, cogida por sorpresa—. Quiero decir...

Pero su interlocutora no le dio tiempo para que se corrigiera.

—Seguramente se divorciará—aseguró.

—Ahí está la dificultad...—manifestó la señorita Lamont—. No quiere.

Tony creyó que era hora de entrar en el terreno práctico.

—¿Por qué me cuenta todo esto?— preguntó.

—¡Porque es su marido!— gritó casi la otra, en tono trepidando.

Pero se llevó chasco. La supuesta esposa no manifestó sorpresa ni dolor alguno. Únicamente se volvió más amable. La aventurera no salía de su asombro.

—¿De veras, señorita *Del Monte*?— inquirió amablemente.

—Otra vez la equivocacioncita! La aludida abrió el bolso y sacó un puñado de cartas.

—Lea sus cartas— dijo con furor.

Tony las tomó y con ellas en la mano se aproximó a la chimenea, donde ardía un buen fuego.

Mientras, decía:

—¡El pobre Jim es tan impetuoso!

La otra no sabía qué actitud adoptar. Y aun le pareció quedar más en ridículo cuando la dueña de la casa murmuró:

—¡Qué cartas tan tontas!— Luego se volvió hacia la aventurera y preguntó, más alarmada que nunca: —¿Más café? ¿No temía que me copiara su visita?— agregó, al ver que la otra no quería.

La señorita Lamont estaba tan rabiosa que no sabía qué responder. ¿Era posible aquella calma ante tan manifiesta infidelidad?

—Pues yo no se lo aguantaría!— aseguró, temblando de rabia y despecho, ante el fracaso de sus planes.

Y Tony estaba más suave que nunca.

—Pero es que Jim es un marido tan bueno...— comentó— No puede remediar el caer en manos de aventureras.

La aludida comprendió que llevaba las de perder. Y entonces cayó en cuenta de que la dueña de la casa tenía sus cartas y en una muy peligrosa cercanía del fuego de la chimenea.

—Devuélvame mis cartas y no me insulte— manifestó— Usted tiene la culpa de que me haya dejado.

Después de todo, soy su mujer— advirtió Tony.

—Y yo, ¿qué soy?— preguntó la otra.

—Prefiero no decirsele.

Y la periodista, aprovechándose de la estupefacción que estas palabras habían producido en la aventurera, arrojó el paquete de cartas al fuego.



—¡El pobre Jim es tan impetuoso!

La señorita Lamont hizo el intento de impedir aquel acto. Pero luego afirmó, triunfal:

Me quedan muchas más cartas, suficientes para entablar un divorcio.

Se había puesto en pie. Tony la acompañaba hasta la puerta. Allí tocó el timbre.

—No creo que usted quiera comparecer ante ningún tribunal—aseguró Tony—. Está usted bajo libertad provisional por el delito de *chantage*. Y luego—añadió, sonriendo, al ver la estupefacción de la aventurera—, aquel banquero de Filadelfia, a quien trató de estafar... Entonces se llamaba usted O'Hara... O'Harus...

Había aparecido el mayordomo. La aventurera estaba furiosa, al borde de la locura.

—Debía pegarle—aseguró a Tony.

—O'Harrigan, eso es—terminó ésta, como si no hubiera oído nada—. Acompañe a la señorita O'Harrigan hasta la puerta, terminó dirigiéndose al mayordomo.

Apenas si habría tenido tiempo la aventurera de alejarse, que salió de la habitación contigua Tom Mallory, quien lo había estado escuchando todo.

Lo hizo muy bien.

Pero Tony estaba preocupada poniéndose la capita que acompañaba su lindo traje de noche. Luego de tomar el bolso, fué cuando respondió:

—¿Qué buen artículo para mi periódico!

¿Qué quiere decir? preguntó con alarma el jugador.

—Soy periodista... Trabajo en *El Gráfico*.

La joven estaba junto a la puerta, cuando Mallory la detuvo suavemente por el brazo.

—Oiga! Por favor... No publique esto!

—¿Qué hay de la libertad de la prensa?

—No lo publique, se lo ruego...

Este muchacho era guapo, se dijo Tony. Pero el otro, Sullivan — recordó — tenía un sello de irlandés pícaro y honrado, del que éste carecía. Sin embargo...

—¿Cree usted que vine aquí a ayudarlo?—preguntó con un poco de rabia.

El la miró sin contestar. Indudablemente, había confiado en ello. Y Tony procedía mal si hacía otra cosa. Sin em-

bargo, esto no era obstáculo para que sintiera mucha rabia, mucha.

—Ustedes los hombres creen que pueden hacer lo que quieren—dijo—. La esposa debe ser inmaculada, pero el marido tiene el privilegio de divertirse a su antojo... Pero no tema, no publicaré nada. La señora Madigan es muy buena para que se la haga sufrir.

Al otro día por la noche, la joven estaba en un ambiente mucho menos aristocrático. Su compañero era el detective Sullivan. Estaban en un bar, que tenía fama por su estupendo juego de bolos.

Sullivan estaba de un humor de perros. Y Tony se complacía en enfurecerlo más. Para colmo, hicieron una apuesta de que ella no era capaz de vencerle en el juego de bolos... y Sullivan perdió dos veces seguidas.

Y quién sabe las que hubiera perdido, de no haberle llamado su jefe que le dio la orden de ir a suspender una función que se daba en el Teatro Manhattan, que se decía de arte, pero estaba contra todas las leyes de la moral.

Tony sintió que la dominaba la periodista y como conocía bien a su compañero, achacó la marcha de éste a cobardía. Claro, éste le pidió que si quería convencerse de que el trabajo le llamaba, no tenía que hacer otra cosa más que acompañarle. Y esto era lo que Tony quería.

Poco después, en el teatro en cuestión había el gran revuelo. La policía suspendió en plena actuación la danza de los abanicos y se llevaba a todo el mundo preso, no obstante las protestas de Marnel Gouset, su director.

Tony pidió colarse en el coche de la policía con las bailarinas, pero Sullivan sabía que las órdenes eran severas y

se negó en redondo a ello. Lo malo para él era la testarudez de la chica. Convenció a una bailarina que cambiara con ella la ropa y así entró en el coche policiaco como una de las siete bailarinas y su director.

Pero...

Al llegar a la jefatura de policía la broma no salió tan bien. Cuando, al encontrarse con Sullivan, la joven quiso burlarse, no la dejaron ir. ¿Decía que era bailarina? ¡Pues



Y tué a ella, a Tony, a la que pidieron una demostración

debía continuar con las otras! Y adentro la colaron, ante el juez de turno.

—¡Déjeme entregar mi artículo!—pidió a Sullivan.

Pero éste le ofreció una linda sonrisa y respondió:

—No la conozco. Usted es una bailarina.

Y para que no conquistase al juez, cuidó de hacerle saber, en seguida a qué periódico pertenecía. ¡Y para qué más!

En cuanto el magistrado supo que se trataba del diario *El Gráfico*, se asoció a los planes de Sullivan.

Y fué a ella, a Tony, a la que pidieron una demostración del arte que decía Gouset que era su espectáculo. Un arte que exigía que todo el vestido fuesen dos abanicos de pluma, sin otra ropa.

Hubo que ver su sofocón cuando le hicieron abandonar el abrigo que la cubría y actuar con los dos abanicos. Todo su afán era taparse y bailar un poco. Lo que no hizo en forma alguna.

Ante tan pobre demostración, Gouset se tiraba de los pelos, y el juez le impuso una seria multa.

Pero la rabia de Tony era imposible de traducir. Y subió aún más cuando al despedirla, Sullivan, más amable que nunca, le murmuró:

—¿No quería un notición?... Pues le presté mi atención personal.

...

Doce días después, el detective visitaba el domicilio de la linda joven.

—¿Vive aquí Tony Bellamy?—preguntó a la anciana que acudió a abrirle.

—Sí,—respondió ella.— Yo soy su abuela.

—Y yo, Nancy Sullivan.

Le agradó mucho el recibimiento que le hacían. La viejecita le contempló con júbilo.

—Pase—le pidió al punto.— Tony no tardará en llegar.

Luego le llevó hasta la biblioteca y le hizo sentar con estas palabras:

—Siéntese, quiero verle bien.

El frunció un poco el ceño, pero sonrió al advertir que le habían puesto junto a la ventana y que la abuela se calaba sus gafas.

—Es tan simpático—aseguró la buena mujer, casi en seguida — como ella dijo que era.

Claro está que Sullivan estaba que no cabía en el pellejo. Se volvió muy amable para la anciana que le decía tan gratas noticias.

—Siempre está hablando de usted. Pero es que se muere por los policías—siguió contando la viejecita.— Eso desde que era chiquita. A propósito, ¿dónde está su uniforme?

—Pertenezco a la secreta—hizo saber él.

Pero la buena mujer no comprendió aquello. Llamaban y mientras acudió a abrir, rogó al enamorado:

—Supongo que algún día vendrá de uniforme.

Sullivan mascó el puro que llevaba en la boca. ¿Iba a ser necesario que pidiera a un amigo el uniforme para complacer a la anciana? ¡Vaya un empeño!

El que llegaba era el hermanito de Tony.

—Abuelita—dijo al entrar—. Me quitó los pantalones.

—El señor Sullivan está aquí—advirtió la anciana, como una gran cosa.

—¿El novio de Tony?—saltó el chico, esponjando el corazón de Sullivan.

Warren—que así se llamaba el chico—entró presuroso y contentó a Sullivan. Al punto le tomó confianza.

—¿Tiene revólver?—le preguntó.

Sullivan se lo ofreció, pero luego de quitarle las balas.

—Tony me va a mandar a un colegio militar cuando crezca—hizo saber el muchacho a su nueva amiga.

La anciana recordó sus deberes de ama de casa.

—Voy a traerle un poco de vino—dijo al joven.

Y Sullivan, así que la vió desaparecer, dijo al pequeño, muy interesado:

—¿Qué dice Tony de mí?

Pero el pequeño no era la abuela y tenía más picardía.

—No dice gran cosa—aseguró, sin dejar de mirar el arma.

—Cincuenta centavos para que recuerdes lo que dice—propuso Sullivan, poniéndole en la mano el dinero, pues el hombre recordaba sus tiempos infantiles.

—Dijo que se iba a casar con un policía...—hizo saber en seguida Warren—. Y que usted es muy fresco...

Lo primero le gustó al interesado. Lo otro...

Después del vino, la abuela mostró unos retratos al detective. El álbum familiar, claro. Y estaba en lo mejor de ella, cuando se presentó Tony, a la que no le hizo mu-

cha gracia aquella contemplación de fotografías. Y mucho menos al saber que le habían mostrado el clásico retrato infantil, que muestra a la criatura de pocos meses sin velo alguno. Porque Sullivan empezó a asegurar que sólo le faltaban dos abanicos para completar cierto recuerdo...

Luego le impidió quedarse a cenar, pese al ofrecimiento de la abuelita. Por el contrario se lo llevó porque tenía prisa... Prisa para juntarse con Mallory, haciendo servir



Después del vino, la abuela le mostró unos retratos...

2 Sullivan de chofer, como se lamentó éste. Pero el coche que conducía el detective se atascó en un lugar de tierra desprendida y ella le dejó plantado, colgándose del primer tranvía que pasó por aquel barrio extremo.

Unos días después, Tony buscaba a Sullivan. Se le presentó en el café donde él estaba haciendo una investigación. Barney Sullivan no lo sabía, pero la joven acudía allí por

el trabajo que él hacía, luego de haberle defendido en el diario, donde los otros periodistas le habían tratado de fanfarrón y ella lo defendió. El director le había encargado que viera, si era posible, que Sullivan le diese alas de cierta banda que actuaba terriblemente y que había robado buen número de joyas. Todo el mundo había fracasado porque la hostilidad de la policía contra los del *El Gráfico* era sabida. Y Tony confiaba en triunfar.

Pero el recibimiento no fué muy efusivo, que digamos.

El la vió a través de la vidriera y trató de ocultarse tras el periódico que fingía leer, mientras veíala la joyería de Ackroyd, un sospechoso de la policía.

Tony, sin embargo, no se arredraba por tan poco. Le hizo bajar el periódico y se sentó en su misma mesa.

—¡Ah, eres tú!—dijo despectivo.

—Ignoraba que supieses leer—comentó ella.

—No tengo rate!—recordó él, que estaba enfurecido por la huella de que le hiciera objeto.

Sólo quiero tu amor—aseguró Tony, tímida.

Te daré mi atención personal.

—¿Tienes ojos de Mallory?

—¿Tuviste que regresar a casa a nado?

—¿Por qué me lo preguntas?—inquirió ella, muy amable.

—No me importa—gruñó él, entonces.—¡Márchate!

Pero este era el último pensamiento de Tony. Quería saber si era cierta su sospecha.

Empezó por invitarle al teatro y se negó. Le dijo que tenía una cita amorosa. Ella no lo creyó; luego, le hizo rabiar y al fin puso las cartas sobre la mesa, cuando vió que el interés de Sullivan se desorientaba al llegar ante el edificio fronterizo un automóvil, del que descendía un hombre penetrando en la joyería. Luego acudió otro.

Pero si quiso saber, no logró nada de Sullivan. El le indicó que lo averiguase por su cuenta y Tony se precipitó

a hacerlo, no sin advertir al camarero que su compañero iba a pagar todo el gasto.

Esto entretuvo al alarmado detective, que hubiera querido impedir que ella hiciera la locura intentada. Colarse dentro del coche detenido ante la joyería. Porque Tony no sabía que la policía estaba segura de que Ackroyd era de la banda que perseguían y que como los pistoleros le tenían por confidente de la policía iban a asesinarle en cuanto se les presentara ocasión.

Desgraciadamente, cuando Sullivan salió al exterior, el auto del joyero abandonaba el lugar velozmente. Dentro aparte del propio Ackroyd y de su compañero, iba la audaz periodista.

¡Y a la vista no había coche alguno para que Sullivan pudiera seguirles!

Barney Sullivan empezó a actuar como no lo hiciera en su vida. Corrió al teléfono del café y pidió informes de la matrícula del coche de Ackroyd. Y se enteró con sorpresa que era de Tom Mallory, el jugador famoso...

* * *

Tony Bellamy, aun conociendo el peligro que corría, ignoraba que estaba expuesta a un peligro de muerte. Oculta en los asientos de atrás, bajo una manta allí hallada, asistía a la conversación que los dos hombres sostenían.

El más grueso de los dos guiaba. Ackroyd—aunque Tony ignoraba que este era su nombre—iba al lado.

—¿Vamos a casa de Johnny?—preguntó el joyero, que evidentemente tenía miedo—. ¿Van a matar a alguien?

—Sí—asintió el otro—. A Georgie.

—¿Por qué?

—Sabe más de la cuenta. Se lo mercea.

Tony era todo oídos. Imaginaba el artículo que iba a escribir con tales noticias... Pero si lo que escuchara había sido interesante, lo que siguió después le apasionó más.

—¿Johnny Morino?—decía en aquel momento Ackroyd—. ¿Que lo tengo que matar yo?

La voz del joyero temblaba. La muchacha se lo imaginaba lleno de pánico.

—Órdenes del jefe—respondió el conductor, lacónicamente.

—¿Pero la policía me sigue la pista?—advirtió Ackroyd, tembloroso.

—Todo está arreglado. Además yo te estaré esperando afuera.

—Hazlo tú—pidió el joyero con ansiedad—. Yo haré que salga.

—Si lo arreglas con el jefe...—comenzó el otro.

—Lo arreglaré. ¿Tienes una pistola?

Por supuesto—afirmó el conductor, al tiempo que moderaba la marcha, pues pasaban por una curva peligrosa.

Contempló curiosamente a su compañero y luego, desdénoso, le ofreció:



—¿Pero la policía me sigue la pista?

—¿Quieres un trago?

El joyero asintió.

—Abi detrás está—le indicó el conductor.

Tony se acurrucó más y más, temerosa de que la vieran.

Ackroyd se volvió. Y este fué el último movimiento de su vida. Porque al punto su compañero le apoyó la pistola

en el lado izquierdo de la espalda y apretó dos veces el gatillo.

El asesinado no tuvo tiempo ni de gritar, pero a pesar de ello, se oyó en el coche un alarido estridente. Fué Tony, que no pudo evitarlo.

La portezuela del coche se abrió y el cadáver del joyero fué precipitado al abismo. Pero poco después, el pistolero detenía el automóvil y amenazaba a la escondida periodista.

—¡Salga de ahí!

Tony obedeció. No tenía otro remedio. El asesino se apartó y le dejó el puesto del volante.

—Guíe—fué la orden seca del pistolero, que la amenazaba con su arma.

Y así llegaron hasta las cercanías de lo que indudablemente, era un garito.

—Despacio y entre—ordenó ahora el pistolero, indicándole por donde debía entrar.

Después la hizo apearse. Enfundó el arma en el bolsillo de la americana, pero hizo ver a la joven que seguía apuntándola.

—¡Adelante y no chiste! fué su orden—¡Suba!—añadió un poco después.

Atravesaron varias salas de juego y luego entraron en unos departamentos reservados. Allí les abrió un hombre gordo que se hizo cargo de la muchacha, ante la disposición de su acompañante.

Este un minuto más tarde hablaba con el jefe de la banda, vuelto de espaldas.

—¿Plantaste una mujer en mi auto?—preguntó el asesino.

La respuesta fué negativa. Todos los componentes de la pandilla escuchaban con interés evidente.

—Maté a Ackroyd—siguió explicando el pistolero—, pero la mujer me vió.

El jefe se volvió, como picado por una avispa. Tony se hubiera quedado sorprendida al verle.

—¿La trajiste aquí?—preguntó con furor a su subordinado—. ¿En tu auto siempre hay una mujer! Déjame las cosas a mí—añadió un momento después—. ¿Por qué no le hiciste lo mismo que a Ackroyd?

—No, hombre...—terció otro—. Arruinarás este escondite nuestro.

Hubo un momento de silencio. Luego el jefe decidió:

—Tráela aquí.

Y añadió, dirigiéndose a los otros, en el justo momento en que Tony Bellamy entraba:

—Sólo hay un modo de silenciarla.

Y la periodista, reconociendo a Tom Mallory exclamó, en el colmo del asombro:

—¿En qué lío me he metido!

La voz de la joven obligó a que el jugador se volviera de cara luego de dejar sobre la mesa el vaso de licor que se estaba sirviendo.

—¿Qué es esto?—barbotó, mirando al pistolero y a la muchacha—. ¿Una burla? Es una antigua amiga mía.

Todos los de la pandilla sintieron renovado su interés. Y uno de ellos gritó, en el colmo del asombro:

—¡La señora de Madigan!

Tony le miró: era el que hiciera de mayordomo en otra ocasión. Ahora se explicaba que no tuviese aspecto de tal servidor.

Mallory se hizo cargo de la situación en el auto. Y se aprovechó de esta exclamación:

—Sí, la misma... Es de confianza.

La tensión pareció decrecer un poco. Pero el que la sorprendiera no estaba del todo convencido.

—Pero, ¿cómo se metió en mi auto?

—Siempre se está metiendo en autos—aseguró Mallory,

haciendo surgir casi a Tony, pese a la gravedad de la situación.

Pero el que había matado a Ackroyd no se dejaba convencer. Señaló al propio jefe y al que hiciera de mayordomo y rogó que le siguieran.

Ya en la otra habitación, Mallory le increpó:

¿Qué juego te traes tú?

Por toda respuesta, el pistolero sacó del bolsillo el bolso de Tony.

—Ella dejó esto en el auto—dijo poniéndolo en manos del jefe—. Mira dentro.

Mallory lo hizo y el carnet que encontró le dejó atónado. El peligro para Tony era ya incontenible. Seguido por sus dos compinches pasó a la estancia donde la periodista seguía, al parecer despreocupada, con el resto de la banda.

El jefe le mostró el carnet abierto:

—¿Reportero de la policía?—le preguntó con voz opaca, pero que el silencio de la estancia hizo perfectamente audible para todos los presentes.

Si la joven sintió miedo ante su peligrosa situación, lo supo disimular muy bien.

—Por eso estaba en su auto—dijo, refiriéndose al ocupado por el pistolero—. Y mi periódico sabe dónde estoy.

Eso era una bravata, como nosotros sabemos. Y lo peor fue que no preocupó mucho a la pandilla de Mallory.

Este había quedado como anonadado. Sus amigos fueron desfilando uno tras otro, con manifiesta hostilidad, hasta que les hubieron dejado solos. Únicamente el que hiciera de mayordomo—que también experimentaba un poco de simpatía por Tony, dado lo que le viera hacer con la aventura aquella—, fue el que antes de marcharse, le recordó:

Bueno, es tu chica... ¿Qué piensas hacer?

Tom Mallory no dijo nada, hasta que los bandidos se hubieron marchado a la otra estancia. Entonces, con ojos

que no trataban de ocultar la angustia que sentían, se dirigió a la joven:

Tony, hice cuanto pude.

Hablaba sinceramente. En otra ocasión le pidió y todo que se uniera con él.

—No puedo salir de aquí, sola—continuó—. Tiene que hacerse de la pandilla. Es la única salvación.

La respuesta de la joven no dejó lugar a esperanzas:

¡No me es posible!

Mallory ya lo sabía. No le cogía aquello de sorpresa. Tony no era mujer para tales cosas. Y eso que él ignoraba que existía otro motivo: el amor de un policía.

—Pues no sé qué hacer—manifestó con desaliento y dirigiéndose adonde le aguardaban sus cómplices.

Expuso en pocas palabras la decisión de la muchacha y esto motivó un concierto de maldiciones y amenazas. Era indudable que la vida de Tony pendía de un hilo.

Por fin, el jefe pareció tomar una decisión:

—No la maten aquí—dijo, deteniendo a los que avanzaban para ametrallarla—. Dadle ese auto robado que hay ahí afuera. Seguidla y acabad con ella. Es demasiado lista para entrar en un auto con uno de nosotros.

Y uno de los pistoleros salió a ejecutar la primera parte de la orden. Poco después Tony, muy asombrada, corría por la carretera conduciendo un pequeño coche. Sin embargo, estaba inquieta...

Cinco minutos después, en pos de ella, salió un auto potentísimo con la banda de Mallory.

Y casi en seguida este último. No podía conformarse con que sacrificaran a la bella rubia.

Durante este tiempo, Barney Sullivan no había perdido un minuto. Trabajó como nunca en su vida. Le interesaba apresar a la banda que perseguía y sacar del mal trance en

que seguramente se hallaba la mujer que lo era todo para él.

Y justamente, en un potente auto policíaco y en compañía de varios agentes, volaba hacia la casa de Johnny Morino, cuando cruzó por el lado opuesto de la carretera un auto en el que le pareció ver a una mujer rubia. A Tony Bellamy, según creyó. Y aquella mujer parecía asustada: miraba constantemente hacia atrás.

Indeciso hizo detener el coche al que lo conducía, de manera que quedó oculto en un lado de la carretera. Y pronto sorprendió los oídos de todos el rugir de un automóvil a toda marcha, automóvil lleno de hombres—de pistoleros. Barney estaba seguro—que parecía tener empeño en cazar al precedente coche.

Ahora Sullivan no vaciló. Quienquiera que fuese aquella mujer necesitaba auxilio. Daba órdenes al conductor, cuando un tercer coche se deslizó por la carretera, llevando una velocidad fantástica. Y esta vez sí que Sullivan reconoció de quién se trataba.

—¡Ese es Mallory!—gritó.

Y ordenó que le siguieran. Contra él era la orden de detención.

Volaban los coches uno detrás de otro, sin saber que se avecinaba el último acto del drama.

Delante, el automóvil de Tony, donde la joven trataba en vano de huir de su potente perseguidor, pues veía ahora el fin que tenía destinado. Y era un pánico loco el que sentía.

En tercer término Mallory, cada vez más cerca, dispuesto a hacer una quijotada, a impedir de cualquier forma que fuese el asesinato de la única mujer que había conocido superior a los demás y por la que—se enteraba ahora—estaba locamente enamorado.

Ya estaba casi a la par de Tony el auto de los pistoleros... Iban pendiente abajo. Mallory presumió más que vio la actitud de sus cómplices aprestándose a matar... Y hundien-

do a fondo el acelerador en una marcha suicida—dada la pronunciada pendiente que descendía—, se coló entre el coche de Tony y el de sus compañeros.

Y en el mismo instante, de este coche partió un verdadero relampagueo de disparos. Quizá los asesinos hicieron fuego con propósito de matarle a él, por lo que hacía ahora...

Lo cierto fué que Tony detuvo—aunque nunca supo cómo—su coche y que los otros siguieron hacia adelante. E



Éran el señor y la señora Sullivan...

de Mallory cada vez más tambaleante, hasta que en un recodo de la carretera, logró colocarse delante, provocando la colisión. ¡Era la venganza del que moría por salvar a una mujer!

¿Luego? Eso es ya el epílogo.

Toda la banda fué capturada y pasó al hospital. Mallory estaba muerto.

Tony Bellamy escribió un reportaje verdaderamente formidable, el éxito mayor que *El Gráfico* tuviera nunca. Pero la joven hizo resaltar mucho la labor de detective Barney Sullivan.

Más tarde, unos recién casados cayeron en un hotel suntuoso. Eran el señor y la señora Sullivan.

Allí los descubrió el enfurecido director del diario de Tony. Puso a Sullivan de vuelta y media cuando supo que su *mejor reportera*—son las mismas palabras del hombre—estaba allí con él. Le amenazó con la policía, con mandarlo detener...

Pero a mitad de la filípica se detuvo, encantado por lo que oía. Era un estruendo que ni el de la guerra europea. ¡Y eso en el primer día de casados! Si va andando así ahora, ¿qué sería luego? ¡Pronto volvería a tener a Tony Bellamy entre sus filas!—pensaba el hombre.

Desgraciadamente, se equivocaba...

Lo que ocurría era que Tony había descubierto una enorme caja de puras entre las hórtilas de su marido—que arreglaba como buena mujercita casada—y ella odiaba mortalmente el púrote que Barney tenía siempre en los labios.

La caja era un regalo. Obsequio de la jefatura. Había una tarjeta que decía:

¡Dialé que estas te gustan!

Los muchachos

Y Tony tiró con rabia la caja al suelo y comenzó a patearla...

Lo que motivó para ella un enorme susto, pues de la caja comenzaron a salir toda suerte de detonaciones... ¡Aquellos cigarrillos eran de truco! ¡Detonadores!

Barney Sullivan reía con su mujer en los brazos...

Y cuando el director de *El Gráfico* imaginaba todas aquellas malas cosas, la pareja feliz cambiaba un beso lleno de amor, y luego, a la par, suspiraba:

—¡Qué felicidad estar casados!

FIN



EDICIONES BISTAGNE
PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS
TELÉF. 18841 - BARCELONA